

Capítulo XLIV.

Una doble tempestad.

Reunidos en las carabelas los que habían escapado de la muerte, fué unánime el deseo de encaminarse á la Española para pedir allí provisiones, reparar los desperfectos de los buques y partir en seguida para España.

Colon les ofreció guiarlos por el camino más recto, y en los últimos días de Abril del año 1503 se dieron á la vela las embarcaciones.

Tomó de nuevo el rumbo del Oriente por la costa, en vez de dirigirse hácia el Norte, en donde consideraban los pilotos que se hallaba la Española, y esta determinacion del almirante les causó una gran sorpresa.

Hasta dudaron de la lealtad de su jefe, y atribu-

yeron aquella resolucion á su deseo de marchar directamente á España.

Las murmuraciones comenzaron á tomar cuerpo.

—Nos ha prometido llevarnos á la Española, y sin embargo no es el derrotero que sigue el que nos ha de conducir á ella. Por aquí se vá á España.

—Es que quisiera volver cuanto antes.

—Tal vez el temor de que le rechace de nuevo el gobernador Ovando le obliga á dejar á un lado la Española.

—No, pues lo que es nosotros no debemos consentir que en unos barcos tan endebles, tan averiados como estos, sin provisiones, porque con las que tenemos no podemos vivir cuatro dias; no debemos consentir, repito, que nos entregue á los azares de un viaje tan largo, expuestos á las tempestades, y lo que es peor, al hambre y la sed.

Algunos se atrevieron á hablar á los capitanes y á las personas más importantes que acompañaban á Colon; y los dos hermanos, Francisco y Diego de Porras, capitanes que hasta entonces había distinguido el almirante, fueron los que se encargaron de manifestarle los temores que abrigaba la tripulacion y los deseos que tenían todos de llegar cuanto antes á la Española.

Colon los recibió en el lecho, del que no podía moverse por efecto de su enfermedad, y al oír sus indicaciones:

—Siento que hayais dudado un solo instante de mí,—les dijo,—lo que no hubiera sucedido si los pi-

lotos hubieran estudiado la navegacion de estos mares.

—Pues ellos aseguran...—interrumpió uno de los hermanos Porras.

—Ellos son unos ignorantes, y vos, apadrinándolos, faltáis á todas las consideraciones que me debeis.

Aquella fué la semilla de la insurreccion, que no tardó en estallar á bordo.

Pero no anticipemos los sucesos.

En efecto, Colon y su hermano Bartolomé consideraban de todo punto indispensable avanzar hácia el Oriente antes de virar con direccion á la Española, para que las corrientes de aquellos mares no les condujeran más allá del puerto adonde deseaban llegar.

Pero el almirante, que en medio de sus desventuras pensaba con recelo en los viajes que, gracias á la libertad concedida por los reyes, habian emprendido algunos aventureros, y podrian emprender otros, quizás de los mismos que estaban á su lado, ocultó los motivos que le impulsaban á avanzar hácia Oriente, para que no pudieran aprovecharse de sus secretos los que intentaban aminorar su gloria.

Su principal deseo fué que nadie pudiera volver á Veragoa sin ser guiado por él.

Como no dió explicaciones, como únicamente se limitó á calificar con alguna dureza la opinion de los pilotos, continuaron las murmuraciones.

Por la noche llegaron hasta Puerto Velo.

Allí no tuvo más remedio que abandonar una de las embarcaciones, completamente deteriorada, con lo cual todos los tripulantes de las cuatro tuvieron que

amontonarse en las dos restantes, que quedaban en un estado no mucho mejor que el de la que acababan de abandonar.

El agua entraba en ellas por todas partes, y los marineros tenian que emplear todo el dia y la noche en sacarla con las bombas.

Dejaron á un lado el pequeño golfo á que habia dado Colon el nombre de Retrete, algunas otras islas que el almirante, no desengañado todavía, creyó que eran las de la provincia del Mangú, en el territorio del gran Kan, descritas por Marco Polo como próximas á Catay, y avanzó algunas leguas más hasta llegar á la entrada del golfo de Darien.

Una vez allí, más que otra cosa por acallar las murmuraciones de los tripulantes, celebró una sesion con los pilotos y los capitanes.

Todos ellos convinieron en que debia renunciar á aquel derrotero, porque los vientos no eran favorables y ofrecia gran peligro el estado de las embarcaciones.

No tuvo más remedio que abandonar la costa, virando hácia el Norte; y siendo el viento de Levante, se mantuvo á barlovento todo el tiempo que pudo.

Treinta dias trascurrieron para aquellos infelices navegantes en medio de grandes zozobras, pasando hambre y sed, y al cabo de ellos llegó á la porcion de islas situadas al Sur de Cuba, que en uno de sus viajes habia llamado Jardines de la Reina, anclando á diez leguas de tierra en uno de los cayos.

En aquellos momentos no quedaba en los buques

más que una escasa cantidad de galleta, aceite y vinagre.

Los marineros tenían que trabajar sin descanso en las bombas para que los buques pudieran navegar

Como si estas desventuras no fueran bastantes, á media noche se desencadenó una terrible tempestad.

Tan fuerte fué que el mismo Colon, esperando su fin con resignacion, decia á cada momento á su hermano y á su hijo, que no se separaban de él:

—Parece que vá á acabarse el mundo.

El huracan azotó con violencia las embarcaciones, y una de ellas, la carabela *Bermuda*, perdió las anclas, y fué á chocar violentamente contra la capitana.

La proa de la una y la popa de la otra quedaron destrozadas.

Inmensos fueron los esfuerzos que tuvieron que hacer para repararlas.

En estas maniobras perdió un ancla la carabela del almirante.

La otra le libró de ir á hacerse pedazos contra las rocas.

Pocos dias despues, *abatida y descorazonada su gente, como dice Colon en una de sus cartas, y casi todas sus anclas perdidas, y las velas inutilizadas y hasta llenas de agujeros como un panal de miel*, llegó al Cabo de la Cruz y ancló en la costa del Sur de Cuba.

La Providencia le condujo allí, donde todos los indios se apresuraron á ofrecer á los navegantes pan de cazabe.

De lo contrario, el hambre hubiera producido los

mayores estragos á bordo de aquellos tan mal parados buques.

Los vientos eran contrarios y no podian avanzar hácia la Española.

Al mismo tiempo las embarcaciones se deterioraban por momentos.

Era necesario tomar una resolucion heroica y virar hácia la isla de la Jamáica en busca de un puerto seguro.

Despues de tantas luchas con los elementos, no pudo más el almirante y se dió por vencido.

Sus embarcaciones no podian mantenerse á flote en el mar, y hasta en el mismo puerto se sumergian.

Dispuso, pues, que fueran encalladas á un tiro de ballesta de la orilla, atándolas juntas la una al lado de la otra.

Pero esto no bastó.

No tardaron en llenarse de agua, y fué necesario contruir camarotes en las popas y proa para que pudieran vivir los navegantes.

En aquella débil fortaleza que habia improvisado, creyó Colon que podria resistir cualquier ataque de los indios y estorbar á su gente que se entregase á los excesos de otras veces.

Prohibió á todos que sin permiso especial saltasen á tierra.

Pero como necesitaba la amistad de los indios, y sobre todo las provisiones que podian ofrecerle, sacando fuerzas de flaqueza dictó el almirante medidas salvadoras.